

Y aquella noche, mientras Florencia dormía en la desierta casa, su madre, su verdadera madre, sonriendo ante sus esperanzas, con grande amor la bendecía.

## CAPÍTULO XXIX

## APERTURA DE LOS OJOS DE MÍSTRESS CHICK

Miss Tox ignoraba completamente lo que en casa de míster Dombey acaecía: no tenía la menor idea de los andamios y escaleras, de los hombres que con un pañuelo en la cabeza miraban desde fuera lo que en las habitaciones pasaba — á manera de extraños pajarracos.

Por las mañanas, cuando miss Tox se desayunaba, sus acostumbrados manjares eran un panecillito francés, un huevo, leche pura (ó calificada en el mercado como tal) y una tacita de te, la infusión de una cucharilla, bien llena, de esta hierba, con otra cucharita más como ración de la tetera — ya se sabe que esta costumbre de dar al cacharro donde se hace el te lo que le corresponde no se omite por las personas cuidadosas. El día en que la vemos, acabado de tomar este desayuno subió del comedor á la salita de recibo, para poner en el atril de su clavicordio la partitura del « vals de los pájaros », para regar los tiestos, quitar el polvo á las chucherías de encina de las mesas, y para hacer, en fin, de su salita el ornato más lindo de la Plaza de la Princesa.

Para tales operaciones se ponía Miss Tox un par de guantes viejos, de color de hoja seca, y que termi-



nada la operación quedaban escondidos en lo más profundo de un cajón. Realizó metódicamente la tarea, empezando por el vals de los pájaros, pasando, por natural asociación de ideas, á la jaula — un canario grande, entrado en años y arrugado, pero el mayor cantor que la Plaza de la Princesa había conocido. — Siguiendo el orden del programa limpió los cacharretes de porcelana y demás cosas. Por último, llegó á la cuestión de plantas, muy á tiempo para intervenir con las tijeras por razones de botánica que miss Tox únicamente se sabía.

Atrasada estaba miss Tox aquella mañana al llegar á sus tiestos. Hacía calor, soplaban viento sur y se percibía en la estival atmósfera algo que hacía pensar á miss Tox en el campo. El mozo de las *Armas de la Princesa* estaba ocupado en regar, echando cubos de agua, la Plaza, y como crecía hierba entre las piedras, notábase con la frescura un olor que calificaba miss

Tox debrotes, yemas de hojas. Viniendo de la calle ancha, por la esquina, llegaba hasta la Plaza un rayo de sol en el que se bañaban, pasando y repasando á su través, los gorriones ahumados, apareciendo en este sol como en la gloria de un limbo, luminoso y rosado. La inscripción en alabanza del *Ginger Beer*, con la pictórica representación de bebedores, que aplacaban su sed entre espuma ó parecían aturridos por el estrépito de los taponos que saltaban al aire, se leía perfectamente desde las ventanas de miss Tox.

Fuera de la ciudad estaba haciéndose la siega y el olor á la hierba cortada llegaba hasta la plaza. — ¡Oh! muy de lejos y después de mezclarse con una multitud de olores, nada perfumados, nacidos en tanto tabuco pobre como á su paso el aire campesino encontraba. El perfume del heno llegaba hasta la Plaza de

la Princesa como el aire pasa entre los barrotes de las cárceles dando á los malaventurados cautivos una sensación de libertad, consoladora y suave.

Miss Tox se sentó junto á la ventana. Pensaba en su difunto padre; — Mister Tox había sido empleado de Aduanas — en su infancia, pasada en un puerto de mar, entre considerable cantidad de brea y en medio de rústicas costumbres. Dióse á recordar los pasados tiempos, aquellos prados, llenos de margaritas resplandecientes como estrellas; aquellas cadenetas, hechas con tallos de amapola, para los jovencuelos que la juraban una constancia eterna ¡ay! rota, como las cadenetas, al minuto.

Allí sentada, mirando cómo los gorriones se bañaban al sol, pensaba miss Tox en su buena madre — la retratada en aquel cuadro, colgado en la pared, aquella cabeza de peluca empolvada, era su tía, — fallecida por un exceso de honradez y de dolores reumáticos. Miró también al hombre de las flores que con un canasto en la cabeza, moviendo en cada vibración los hacecillos de las plantas, gritaba su pregón como un ogro para espanto de chicos. Estas escenas de verano la susurraban al oído que á aquel paso llegaría á ser vieja mucho antes de que se enterase — ¡como si no fuera ya cosa positivamente hecha!

Con estos pensamientos y estando en camino de meditaciones fué á dar en mister Dombey probablemente á causa de que el comandante había regresado de viaje y desde una ventana de su casa, frente á la de miss Tox, acababa de saludarla. Sin esto ¿por qué motivo se acordaría ella de mister Dombey? ¿Qué tenía que ver éste con sus cadenetas de amapolas? ¿Estaría más animoso? — pensaba miss Tox. — ¿Se habría reconciliado ya con los designios de la suerte? ¿Vol-



vería á casarse? Y si se casaba ¿con quién sería? ¡Quién era capaz de saberlo!

Un sofoco — efecto del calor, sin duda — subió á la cara de miss Tox en aquel instante. Volvió la cabeza y vió su imagen pensativa en el espejo de la chimenea. Otro sofoco la puso colorada del todo al ver que entraba en la Plaza de la Princesa un coche y se paraba delante de su puerta. Levantóse precipitadamente, cogió las tijeras y cuando entró en su habitación mistress Chick la encontró atareada con sus tiestos.

— ¿Cómo está mi querida amiga? — exclamó miss Tox abriendo los brazos.

Un poco tiesa estaba la querida amiga, pero, en fin abrazó á miss Tox y la dijo :

— Estoy bien, muchas gracias Lucrecia; y usted ¿cómo está? ¡Jem!

Este jem era un peculiar monosilabo de tos, una introducción á la tos, modulado en preludio.

— ¡Qué tempranito viene usted! — prosiguió miss Tox. — ¿Se ha desayunado usted ya?

— Gracias, Lucrecia — contestó mistress Chick. — Ya lo he hecho. — La buena señora parecía tener curiosidad de ver la Plaza de la Princesa, pues miraba á ella mientras hablaba. — He tomado el desayuno con mi hermano, que ya está de regreso.

— ¿Está ya mejor? — preguntó miss Tox con timidez.

— Mucho mejor, gracias. ¡Jem!

— Querida Luisa, tiene usted que cuidar esa tos.

— No es nada. Es el cambio de tiempo. Tenemos que acostumbrarnos al cambio.

— ¿De tiempo? — dijo cándidamente miss Tox.

— De todo — contestó mistress Chick. — A ello nos

exponemos diariamente en el mundo: todo cambia. Me sorprendería muchísimo, Lucrecia, que alguien contradijera una cosa tan evidente: perdería en mi estimación quien se imaginara lo contrario. ¡Cambio! — exclamó mistress Chick con tono de severo filósofo. — Veamos, hágame usted el favor de decirme qué es lo que no cambia: hasta el gusano de seda, el mismo gusano de seda á quien seguramente no turba este problema ¿qué otra cosa hace si no es cambiar continuamente y de mil inesperadas maneras?

— ¡Ah, Luisa — dijo con dulzura miss Tox — qué acierto tiene usted en las imágenes!

— Es usted muy amable, Lucrecia — repuso mistress Chick un poquito más sosegada — al pensar eso y al decirmelo. Espero que nunca haya motivos capaces de alterar nuestra recíproca estimación.

— Estoy segura de ello — dijo miss Tox.

Mistress Chick tosió como antes y se puso á trazar rayas en la alfombra con la contera de su sombrilla. Miss Tox que conocía por experiencia la irritabilidad de su amiga y advirtió en su maneras cierta tendencia á incomodarse, aprovechó aquel momento de pausa para cambiar de conversación.

— Perdone usted Luisa — dijo miss Tox, — pero me parece que mister Chick está abajo, en el coche...

— Si está, si — repuso mistress Chick. — Déjele estar, hágame el obsequio. Con el periódico tiene para un par de horas. Siga usted con sus flores y permítame que me siente ahí, junto á usted.

— Ya sabe usted, Luisa — dijo miss Tox — que entre amigas como nosotras no ha de haber ceremonias. Por consiguiente...

Por consiguiente, miss Tox concluyó aquella frase no con palabras sino con hechos: se puso los guantes



de hoja seca, cogió de nuevo las tijeras y reanudó la poda microscópica.

— Florencia está de vuelta en casa — dijo mistress Chick después de un silencio y de nuevo trazado de líneas con la contera de la sombrilla. — Ciertamente, Florencia es ya mayor para seguir la vida aislada que ha hecho hasta ahora. No cabe duda de esto. Y muy poca consideración me merecería quieu sostuviera un criterio distinto. No; por mucha que fuese mi tolerancia no podría merecerme consideración de ninguna especie quien pensara de esa manera.

Miss Tox asintió, aunque sin saber exactamente á qué se refería su amiga.

— Es una chica muy extraña — continuó mistress Chick — y si mi hermano Pablo no se siente muy á su gusto en compañía suya, después de tantas cosas como han sucedido, ¡qué quiere usted! se comprende perfectamente; tendrá que hacer un esfuerzo, pero lo hará. Pablo es el cabeza de familia, el único representante de ésta, porque yo, por mi parte, yo no significativo nada...

— ¡Por Dios! no diga usted... — interrumpió miss Tox cariñosamente.

Mistress Chick se enjugó las lágrimas que en aquel momento empezaron á correr de sus ojos y prosiguió diciendo :

— Por consiguiente ahora, más que nunca, se ve en la necesidad de hacer un esfuerzo : sólo que ya ese esfuerzo que ha hecho y estaba en el caso de hacer, ha sido para mí como un choque — soy de un natural bobo y débil. — Esto no es nada, ya lo sé; y sin embargo me va á costar una enfermedad. Quisiera que mi corazón fuera de mármol ó de piedra.

— ¡Por Dios! Luisa... volvió á decir cariñosamente miss Tox.

— En fin, siempre es un triunfo para mí el ver que mi hermano ha permanecido fiel á si mismo y á su nombre de Dombey. Por supuesto, no quiero decir que alguna vez haya vacilado en estos deberes : lejos de mí esa idea. Lo que únicamente quiero decir es que espero — aquí mistress Chick hizo una pausa — que espero sea ella igualmente fiel.

Miss Tox estaba echando agua con un jarro en una regadera verde; levantó la vista hacia su amiga y sorprendió en ésta una expresión de rostro tal que se quedó parada : dejó la regadera encima de la mesa y se sentó junto á ésta.

— Querida Luisa — dijo miss Tox, — ¿me será lícito manifestarla, después de sus observaciones, que á mi humilde entender su inteligentísima sobrina promete mucho y se pueden poner en ella grandes esperanzas?

— ¿Qué quiere usted decir, Lucrecia? — repuso mistress Chick aumentando la tiesura de sus maneras. — ¿A qué observación mía hace usted referencia?

— Que será digna de su nombre — repuso miss Tox.

— Es decir — dijo mistress Chick con solemne paciencia, — es decir que no me he expresado, con claridad : la culpa es mía. Por supuesto que no habría para qué explicarme á no ser por la intimidad que existe entre nosotras desde hace mucho tiempo y que espero, muy de veras lo espero, que no sufrirá menoscabo en ningún caso. ¿Y por qué habría de sufrirlo? No hay razón para ello, sería absurdo. Voy, pues, á expresarme con mayor claridad, Lucrecia;



así, volviendo á mi observación digo que de ninguna manera se refiere á Florencia.

— ¿No se refiere usted á Florencia? — dijo miss Tox.

— ¡No! — contestó secamente mistress Chick.

— Dispense usted, Luisa — repuso su obediente amiga; — no comprendo : indudablemente me hallo entontecida.

Mistress Chick miró en derredor de la habitación y á la calle : á los tiestos, al pájaro, á la regadera, á cuanto se le ofrecía delante, excepto á miss Tox : finalmente tropezó su mirada con miss Tox, pero nada más que un momento al correrla para dirigir la vista al suelo : frunció el ceño y, sin levantar los ojos, dijo :

— Al exponer mi esperanza, Lucrecia, de que *ella* sea digna del nombre, me refiero á la segunda mujer de mi hermano Pablo. Me parece haber dicho ya, en efecto, aunque no haya sido en estos mismos términos, que mi hermano va á contraer segundas nupcias.

Miss Tox se levantó al instante de su asiento y tornó á su labor de jardinería, cortando tallos y hojas con tan poca atención como un barbero corta el pelo de un parroquiano pobre.

— Que ella se dé ó no completamente cuenta de la distinción que se la confiere, esta es otra cuestión — dijo mistress Chick. — Confío en que sí; debemos pensar bien del prójimo; por consiguiente, confío en que si se dará cuenta de esta distinción y que corresponderá á ella. Pero es la verdad que á mí no me ha consultado nadie y que si alguien me hubiera consultado, seguramente habría obtenido mi consejo un recibimiento altanero : es infinitamente mejor

que todo haya pasado como ha pasado : prefiero esto.

Miss Tox, con la cabeza baja, seguía trasquilando las plantas. Mistress Chick, moviendo enérgicamente la cabeza de cuando en cuando, continuó su arenga como si retase á algún contradictor.

— Si mi hermano me hubiese consultado, como algunas veces lo hace — ó por mejor decir, lo hacia, puesto que ahora, naturalmente, no me consultará ya más, con lo que me verá libre de no pocas responsabilidades. (Mistress Chick interrumpió el curso de su razonamiento). — Gracias á Dios, no me mueve la envidia. (Aquí mistress Chick derramó algunas lágrimas y reanudó su razonamiento.) — Si mi hermano hubiese venido á mí y me hubiera dicho : « Luisa, ¿qué condiciones te parece que debo exigir yo en la que haya de ser mi mujer? » ciertamente le hubiera contestado : « Pablo, tú has de exigir linaje, belleza, dignidad, relaciones. » Estas hubieran sido mis palabras, ni más ni menos. Aunque me hubiesen de costar la cabeza — dijo mistress Chick como si fuera ya probable este resultado — no pronunciaría otras palabras : « Pablo, tú has de exigir linaje, belleza, dignidad, relaciones. » ¡Cómo! ¿Tú te vas á casar por segunda vez sin pedir linaje, te vas á casar sin pedir dignidad, te vas á casar sin pedir relaciones? ¡No hay nadie en el mundo lo bastante insensato para atreverse á sostener semejante descabellada idea!

Miss Tox se detuvo en la poda, pero no levantó la cabeza : escuchaba con la esperanza de que el exordio y la irritación de mistress Chick fuesen de buen agüero.

— Mis argumentos hubieran sido esos — prosiguió la discreta señora, — porque yo no me tengo por



tonta. No pretendo que se me considere persona de superior inteligencia, aunque haya muchos que me favorezcan considerándome como tal, pero no me tengo por tonta de capirote. Y venir á decirme ¡á mí! — exclamó con inmenso desdén mistress Chick — que mi hermano, mi hermano Pablo Dombey llegaría á admitir la posibilidad de unirse á alguien, no digo quien (y puso mistress Chick en estas palabras más énfasis que en ninguna otra parte de su discurso), á alguien que carece de dichos requisitos, sería un insulto para la inteligencia que tengo, sea la que fuese; sería tenerme por un elefante. Ya sé que me lo llamarán — dijo mistress Chick con resignación, — no he de sorprenderme : estoy esperándolo.

Durante la pausa que siguió sonaron una ó dos veces, débilmente, las tijeras, pero no se vió el rostro de miss Tox, oculto tras las plantas. Mistress Chick lanzó una mirada hacia los tiestos y la bata que se movía entre ellos y con tono de persuasión, como si lo que decía fuese un hecho de realidad indiscutible, prosiguió :

— Por consiguiente, mi hermano ha hecho lo que era natural que hiciese, lo que todos podían prever que haría, si volvía á casarse. Confieso que he tenido un momento de sorpresa, por más que haya sido agradable, pues cuando Pablo salió de Londres no podía yo presumir que abrigase tales pensamientos. Si bien es verdad que no los ha tenido hasta después. No hay duda : la madre es una señora distinguidísima y elegante. Yo no tengo derecho á entremeterme en si va ó no á vivir con ellos : es asunto de Pablo y no mío. En cuando á la elegida de Pablo no he visto más que su retrato; es muy hermosa. Hasta su nombre es lindo — dijo mistress Chick moviendo enérgi-

camente la cabeza y recostándose en la silla — Edith : no tiene nada de ordinario, me parece; es selecto. De modo que ya lo sabe usted, Lucrecia; no dudo que se alegrará usted mucho de saber que la boda ha de verificarse inmediatamente y estoy segura — añadió mistress Chick otra vez con énfasis — que la complacerá á usted tener noticia de este cambio de condición de mi hermano, que en distintas ocasiones ha sido con usted tan complaciente.

Miss Tox no contestó ni una palabra; cogió la regadera, temblando, miró en derredor como si buscase con la vista algún objeto que necesitase de riego. En este crítico momento para los pensamientos de miss Tox, alguien apareció en la puerta. Miss Tox dió un grito, se echó á reir convulsivamente y cayó en brazos de la persona que aparecía en la puerta. Así tuvo miss Tox la suerte de no ver la indignación de mistress Chick ni la cara mefistofélica del comandante que asomado á una ventana de su casa y poniendo en acción sus dobles anteojos, contemplaba gozoso aquella escena.

No así el malaventurado indígena : él era quien había recibido en sus brazos á la desmayada miss Tox. De parte de su amo y según lo que ya era costumbre, había subido derechamente á casa de dicha vecina para preguntarla cortésmente por su salud y saludarla no menos cortésmente en nombre del señor comandante. Cumpliendo las maliciosas instrucciones de su amo, había llegado justamente á tiempo de recibir en sus brazos la delicada carga y en sus zapatos el contenido de la regadera.

Por un momento tuvo el indígena en sus brazos á miss Tox, sin saber qué hacer, sosteniéndola con una energía que contrastaba con la sorpresa mani-



festada por su rostro : entretanto la pobre señora dejaba caer á los pies del negro las últimas gotas de la regadera, como si se tratara de regar con el mayor cuidado alguna delicada planta exótica. Mistress Chick, que había ido recuperando poco á poco su presencia de ánimo, mandó al negro que pusiera á miss Tox en el sofá y se marchara. Ambas cosas hizo sin tardanza el indigena quedándose mistress Chick sola con su amiga.

Pero no manifestó mistress Chick en esta circunstancia aquellos sentimientos que comúnmente las hijas de Eva en tales casos se manifiestan : no se vió en ella esa especie de confraternidad francmasónica que generalmente encadena de modo misterioso, en estos lances, á las mujeres como hermanas. Más bien semejante mistress Chick á un verdugo que antes de proceder á la tortura quiere restablecer la sensación (así se hacía en los buenos tiempos de antaño cuya desaparición aún lamentan algunos) empezó mistress Chick por dar á oler esencias á miss Tox, mojarla la cara, darla golpecitos en las manos y demás remedios propios en los síncope. Por último, cuando miss Tox abrió los ojos y gradualmente dió señales de haber recuperado los sentidos, mistress Chick se apartó de ella como de un criminal : y al revés del rey de Dinamarca, herido de muerte, miró á su víctima con más ira que compasión.

— Lucrecia — dijo mistress Chick, — no trataré de disimular lo que siento. Se me han abierto los ojos de una vez. No lo hubiera creído nunca aunque me lo hubiera dicho un santo.

— Es una locura revelar así mi flaqueza. — dijo miss Tox muy afectada. — Ahora ya me encuentro mejor.

— ¡ Ahora ya se encuentra usted mejor ! — repitió mistress Chick con desdén extremado. — ¿ Me cree usted tonta ? ¿ Se imagina usted que he caído en la segunda infancia ? No, Lucrecia, no ; muchas gracias.

Miss Tox alzó la vista como implorando compasión á su amiga y con un pañuelo se tapó la cara avergonzada.

— Si alguien me hubiera dicho esto ayer — continuó mistress Chick majestuosamente — ó hace media hora, tan solo, estoy por creer que le hubiera tirado al suelo. Lucrecia Tox se me han abierto los ojos de una vez. Se ha desvanecido — aquí mistress Chick hizo ademán de despejar algo en el aire — la nube que empañaba mi vista. Pasó el tiempo de mi confianza en usted, Lucrecia. Ha abusado usted de ella á su gusto y ya no hay escape, esté usted segura.

— ¡ Oh ! ¿ A qué alude usted tan cruelmente, amiga mía ? — gimió miss Tox, llorando.

— Lucrecia — contestó mistress Chick — pregúnteselo usted á su corazón. Y hágame el favor de no darme más el nombre cariñoso de amiga : tengo bastante respeto de mí misma, aunque le parezca á usted otra cosa.

— Por Dios, Luisa — exclamó miss Tox. — ¿ Cómo me puede usted hablar así ?

— ¿ Que cómo la puedo hablar así ? — repuso mistress Chick, que, á falta de pertinentes argumentos buscaba en la repetición una salida airosa. — ¡ Ahí verá usted ; hará usted bien en comprenderlo : ahí verá usted !

Miss Tox sollozaba de una manera lastimosa.

— ¡ Vaya una idea ! — prosiguió mistress Chick — venir al calor del hogar de mi hermano, como una serpiente, enroscarse en mí, apoderarse de mi con-



fianza, para de esta manera y en secreto, desarrollar sus planes, teniendo por cosa posible el unirse á él. ¡Vaya una idea! — añadió mistress Chick con irónico acento— lo absurdo del propósito pone de relieve la transcendencia de su perfidia.

— ¡Por Dios, Luisa! — rogó miss Tox — no me diga usted tan horribles cosas.

— ¡Horribles cosas! — repitió mistress Chick. — ¡Horribles cosas! ¿No es un hecho, Lucrecia, que no ha podido usted disimular sus sentimientos en mi presencia y que usted misma me ha abierto los ojos?

— No me he quejado — contestó sollozando miss Tox. — No he dicho ni una sola palabra. Si sus noticias me han causado alguna impresión, Luisa, si acaso he podido tener algún remoto pensamiento de que Mr. Dombey sintiera también alguna inclinación hacia mí, seguramente no es usted quien puede condenarme.

— Ahora se verá — dijo mistress Chick dirigiendo al mobiliario de la sala una mirada de resignación,— ahora se verá como me echa, á mí, la culpa de todo y sostiene que soy yo quien la ha incitado.

— Yo no quiero reprochar á usted nada, querida Luisa — contestó, con sollozos siempre, miss Tox — yo no me quejo. Únicamente, por mi propia defensa...

— ¡Si! — exclamó mistress Chick mirando en derredor con sonrisa profética. — Si; es lo que va á decir. Ya lo sé. Pues dígalo usted en seguida, dígalo francamente — añadió mistress Chick con extremada severidad.

— En mi propia defensa — dijo miss Tox — y únicamente para contestar á sus duras palabras, mi que-

rida Luisa, preguntaré á usted sencillamente si no es cierto que ha sostenido usted esta ilusión y la ha fomentado en nuestras conversaciones.

— Hay un límite — dijo mistress Chick poniéndose de pie, no como quien va á salir de una habitación sino como para remontarse á los cielos, su patria nativa — hay un límite pasado el cual la tolerancia se hace ridícula ya que no culpable.— Yo puedo ser muy tolerante, pero no pasar de ese límite. Yo no sé por qué tenía cierto doloroso presentimiento al venir á esta casa— dijo mistress Chick temblorosa.— ¡Quién diría, Lucrecia, que un instante bastaría para romper la amistad creada en tantos años! ¡Quién hubiese creído que se me abrirían los ojos de una vez para verla á usted con sus verdaderos colores! Lucrecia, me he equivocado completamente con usted; mejor es para ambas que no se hable más de esto. Ojalá sea usted muy feliz, se lo deseo y se lo desearé siempre. Pero yo tengo que conservar mi posición social, por modesta que sea, sin perder de vista que soy hermana de mi hermano, cuñada de mi cuñada, parienta, por vinculos de alianza, de la madre de la mujer de mi hermano : de modo que, como Dombey que soy no puedo decir á usted más que ¡buenos días!

Estas palabras, pronunciadas con calma, suavizaron la rigidez de los conceptos emitidos por la oradora, la cual se dirigió á la puerta : al llegar á ella saludó con una inclinación de cabeza y rígida como un espectro tornó al coche, á buscar consuelo en los brazos de Mr. Chick, su señor.

Esto de los brazos de Mr. Chick no es más que una manera de decir, puesto que los brazos de este caballero estaban ocupados con el periódico. Ni siquiera levantó Mr. Chick la vista para mirar á su



mujer cuando ésta entró en el coche: siguió leyendo, tarareando y acaso mirando de medio lado alguna vez, siempre sin pronunciar una palabra.

Entretanto, mistress Chick sentada, hinchándose y reprimiéndose, erguía la cabeza como si aún repitiera la fórmula con que se había despedido de Lucrecia Tox. Al fin no pudo menos de exclamar en voz alta:

— ¡Oh, cómo se me han abierto hoy los ojos!

— ¿Que se te han abierto hoy los ojos? — repitió Mr. Chick.

— ¡No me hables! — repuso mistress Chick. — Puesto que no te has hecho cargo de cómo me hallo y ni siquiera has sido para preguntarme qué tengo, lo mejor que puedes hacer es callar la lengua para siempre.

— Pero ¿qué te pasa, hija? — preguntó Mr. Chick.

— ¡Cuando pienso — dijo mistress Chick como en soliloquio — que había osado concebir esa idea de ingresar en nuestra familia, casándose con Pablo! ¡Cuando pienso que si jugaba á los cabalitos con aquel queridísimo niño que ya no existe — no me gustaban á mí aquellos juegos — lo hacía con segunda intención y secretos propósitos!... No comprendo cómo no tenía miedo de que la pasara algo malo. Suerte será la suya si no la sucede alguna desgracia.

— Pues á mí se me figuraba, querida — dijo mister Chick lentamente después de rascarse la nariz con el periódico, — que tú tenías esa misma idea y que te parecía muy aceptable y muy en el orden de la conveniencia, si podía encauzarse.

Mistress Chick rompió en llanto diciendo á su marido que la pisoteara y la diera muerte, mejor que hablarla en estos términos.

— Pero todo ha concluido entre Lucrecia Tox y yo

— añadió mistress Chick volviendo á sus precedentes ideas, no sin terror de mister Chick. — Puedo resignarme á perder la intimidad de mi hermano en favor de una persona que, según confío, más aún, estoy segura de ello, reemplazará con perfecto derecho á la pobre Fanny; puedo someterme á que Pablo me informe de estas resoluciones tuyas con su frialdad acostumbrada; admito que mi hermano en ningún caso haya creído conveniente consultarme antes de tomar determinaciones: todo esto, bien está, pero, ser engañada, eso no. He roto con Lucrecia Tox. Y más vale así — añadió mistress Chick piadosamente, — mucho más. Después de lo que ha sucedido habría necesitado yo demasiado tiempo para encontrarme á gusto en su trato. Además, no sé si ahora que Pablo va á frecuentar la alta sociedad, por razón de su matrimonio con persona de noble familia, no sé si ahora hubiera resultado Lucrecia bastante presentable ó si su relación me hubiera comprometido, á mí misma. No; bien está lo hecho: la Providencia se manifiesta en todas partes: mucho he tenido que sufrir hoy, pero no lo siento.

Y con estos cristianos pensamientos se secó mistress Chick las lágrimas, arreglóse los pliegues de la falda y se acomodó en el asiento como una persona que sabe permanecer serena á pesar de las grandes injurias. Mister Chick, con plena conciencia de su indignidad, aprovechó un pretexto para bajarse del coche en una esquina y se marchó calle abajo silbando, alzado de hombros y con las manos en los bolsillos.

En tanto, la pobre excomulgada miss Tox, adulara y zalamera, sin duda, pero también honesta y perseverante en sus afectos, que siempre había profesado una leal amistad á su acusadora y que había



estado verdaderamente absorta y pasmada en admiración á la magnificencia de mister Dombey, la pobre excomulgada miss Tox lloraba sumida en desconsuelo y sentía que á la Plaza de la Princesa había llegado ya el invierno...

## CAPÍTULO XXX

EN VÍSPERAS DE LA BODA

Aunque la casa ya no estaba encantada desde que los trabajadores la habían invadido, no dejaban de oírse ruidos que tenían á Diógenes en el paroxismo de la ira, desde por la mañana hasta la noche, persuadido de que esta vez su enemigo llevaba la mejor parte y venía á retarle en su propia vivienda. Fuera de esto no había cambios apreciables en la vida que Florencia hacía. Por la noche, luego que los operarios se marchaban, se quedaba la casa tan abandonada y desierta como en otros tiempos. Florencia, al oír las voces de aquella gente en la escalera, repetidas por el eco al retirarse, concluida su labor cotidiana, se representaba la alegría de sus respectivos hogares al verlos regresar tan contentos: veía con la imaginación á los niños gozosos porque sus padres volvían á cogerlos en brazos.

El silencio de la noche era para Florencia como un amigo antiguo, sólo que éste ya no tenía el mismo rostro que antes; su mirada era menos severa y en ella había reflejos de esperanza. La hermosa señora que la había acariciado y animado, en aquella sala donde su corazón tan grandes sufrimientos tuvo eran